

Prof. Guido Villa-Gómez Loma

1917-1968

LA CIUDAD Y EL CAMPO

Guido Villa-Gómez L.

I

La lucha Mágica

La rústica casa de Pedro, situada en un arrabal, marcaba la frontera entre la ciudad y el campo. Pedro, con sus asombrados ojos de niño, presenciaba la continua lucha entre esas dos fuerzas: Aquí la ciudad, que porfía por extender sus bloques de cemento sobre árboles y sembradíos; y allá el campo, que a la vuelta de cada verano intenta reconquistar sus dominios con un avance de hierbas crecidas, de arroyos turbios, de innumerables legiones de hormigas y de sapos...

Y Pedro sentía que el mismo, en cuerpo y alma, era también en otro lugar de batalla para el choque de aquellas fuerzas enemigas. El campo lo llamaba con el rumor de los pájaros, con la tentación de sus ríos profundos y sus caminos sin término... Y la ciudad lo alucinaba con las maravillas del cine la radio, con su prodigioso movimiento de autor y trenes con la atracción de sus mercados y vitrinas, y, sobre todo y con la estrecha compañía de los amigos que él encontró en la escuela.

Día a día, al clarear la mañana, Pedro era despertado por alegres repiques de trinos. Llenaba un cubo en el pozo del patio, y templaba su piel bajo el tónico golpe del agua fresca. Risueño y limpio, con el pasto recién lavado por el rocío, dejaba la campiña y entraba en la ciudad para ir hasta la escuela del barrio. Y entonces al doblar las últimas esquinas, siempre le parecía que unas dulces voces- traídas por el aire desde el alto cerro, desde el río cantor, desde los árboles lejanos- le gritaban ¡VEN AL CAMPO! ¡VEN AL CAMPO!..,

La mitad de su alma querría marcharse de allí, a competir con las cabras en la ascensión de riscos y laderas, y a imitar el gozoso ejemplo de libertad de las mariposas. Pero la otra mitad seguía camino de la escuela, resuelta a conocer este pequeño mundo de los libros, para descifrar sus láminas que se abrían como marchitos paisajes, y sus páginas pobladas de letras y números, alineados como inmóviles ejércitos de hormigas.

Pedro aprendió a amar por igual las cosas vivas y sencillas del campo, y las prodigiosas máquinas de la ciudad, y las palabras y los libros reveladores de la escuela. Por eso, para él, los días más hermosos, los días perfectos, eran los días en que el maestro decía:

- Hoy haremos una excursión. Vamos al campo.

II

Pedro y los secretos del Campo

En todas las excursiones Pedro era el guía del grupo. Si el Maestro planeaba el estudio de las flores, Pedro conducía a sus curiosos compañeros hasta un cálido paraje donde se las encontraba abundantes y diversas. Si se deseaba observar los peces, el conocía un transparente remanso, en cuyo lecho jugueteaban "suches" y dorados. Si el objeto de la excursión eran los pájaros y los insectos, el llevaba al curso hasta un apartado bosquecillo, refugio de gorriones y jilgueros, de avispas y cigarras, de mariposas y libélulas...

Prof. Guido Villa-Gómez Loma

1917-1968

En cada ser, en cada hecho, en cada lugar del ambiente campesino, se ofrecían descubrimientos y revelaciones para los inexpertos niños de la ciudad. Y estos pedían a Pedro consejo y enseñanza, porque el sabía de los secretos del campo mucho más que el propio maestro.

- Mira Pedro! -decía un niño- ¿Quién pondría aquella bola de barro allá arriba, en la rama del árbol?
- Oh! -sonreía Pedro- No es una bola de barro, sino la casa de un pajarito, el “hornero”, que construye ese nido con tierra mojada y con hebras de oaja, como un diestro albañil.
- ¿Un pájaro hace esa casa de barro? -preguntaba, casi incrédulo, aquel niño- ¿Como la lleva hasta la rama?
- Tienes que verlo cuando trabaja -explicaba Pedro- Su pico suplente a todas las herramientas. Lo usa como una pala, para mezclar la tierra, agua y paja en firme argamasa; o como balde, para llevar esta mezcla del charco a la rama; o como un badilejo, para modelar y pulir el muro y la bóveda del horno que fabrica.

¿Y qué comen las mariposas Pedro?- preguntaba otro niño –

- Las mariposas se alimentan de flores.- respondía Pedro-
- ¡Comen flores!- se asombraba el niño - ¿Y cómo pueden mascarlas si no tienen dientes?-
- No. No las comen- corregía Pedro-. Todas las flores conservan su cáliz, como en el fondo de afinada copa, unas gotas de néctar: líquido dulce y fragante, golosamente servido por las mariposas.
- Pero, ¿Cómo pueden chupar este líquido, si está guardado S en el fondo de los cálices?
- Acércate con cuidado a aquella mariposa- ordenaba Pedro- Obsérvala. ¿Ves esa fina trompa enroscada debajo de su boca?
- Si, si ! La veo. Parece una serpentina de acero, como el resorte de los relojes. ¿Y para qué le sirve tan extraña trompa? ¿La hace vibrar? ¿La dispara como un agujón?... -Pues ése es el pico de la mariposa. Viéndolo así, enroscado, parece corto e inútil, pero es aún más largo que el de los picaflores. Cuando ella se posa en una flor, desenrosca este espiral hasta convertirla en alargada aguja, y la hunde en el cáliz para absorber el néctar como a través de un elástico tubo.

+ + +

Esos diálogos amistosos, iluminados con certeras comparaciones, enseñaba Pedro a sus compañeros la clara sabiduría de la naturaleza. El campé abierto extendía para él sus cambiantes paisajes, cual anchas páginas de un libro inmenso, y así el pequeño aprendiz supo leer, antes que en las letras del alfabeto, en los animados signos del pájaro y la flor, de la espiga y el árbol, de los aires y el agua, del rayo y la nube . . .